

lonias que había mostrado más ardor para la revolución, era también el país en donde el espíritu municipal y el gusto para la independencia local eran más vivos. Los hombres más notables, los que habían desempeñado un gran papel en la revolución, se habían afiliado al partido republicano extremo; podía-se, pues, temer la oposición de Samuel Adams, de Hancock, que hasta tal punto habían sido los jefes de la revolución, que cuando Inglaterra ofreció la amnistía sólo exceptuó á esos dos ciudadanos.

Samuel Adams era un puritano austero, uno de esos hombres que son admirables para principiar las revoluciones, porque se juegan su vida con un desinterés heroico; pero esos hombres son tan poderosos para destruir, como impotentes á menudo para fundar cosa alguna. Una vez lanzados por la vía revolucionaria y que se desea acabar con todos los abusos, que cada día se multiplican, quejándose de la ingratitud popular cuando la Nación rehúsa seguirlos por esta carrera sin fin. No había, pues, que esperar gran cosa de Adams.

Hancock no era un estoico como Adams. Era también un patriota. Disfrutó desde muy joven una gran fortuna y la empleó con liberalidad. Amaba la popularidad, que no deseaba obtener por malos medios; era uno de esos hombres que se dejan mecer por la voz de la multitud, que sueltan su pluma al viento para ver de qué lado va la opinión, creyendo dirigirla tanto más cuanto más se dejan arrastrar por ella. Para conquistar á Hancock en favor de la Constitución, era necesario encontrar un medio para salvaguardar su popularidad. Ese medio se encontró. La Constitución tenía defectos, no satisfacía á nadie; pero precisamente porque tenía defectos, se podían presentar enmiendas. La misma Constitución preveía esto y decía de qué manera podía hacerse; por consiguiente, podía decirse que al aceptar la Constitución se hacía un sacrificio sin sacrificar por esto nada de sus derechos. Esto era propio de su patriotismo ilustrado. Se aceptaba la Constitución, pero se proponían enmiendas, haciendo de esta suerte la parte de la libertad. Hancock se aferró á esta idea, y muy pronto reunió á su alrededor (era gobernador del Estado) un núcleo de hombres importantes que tomaron ese partido tan justo como tan bien calculado. Dos puntos que vemos reaparecer en todas las enmiendas influían sobre todos los ánimos; el primero era que al constituir un gobierno central, no se entendía dar á ese gobierno más que poderes delegados. Pero la Constitución no decía que los poderes no delegados quedaban al pueblo, así se reclamaba que por medio de una enmienda

se introdujera esta reserva en la Constitución. Pedíase, además, que un bill de derechos reservase expresamente las antiguas libertades inglesas. El bill de derechos de 1689 no era menos popular que la gran carta, y América no entendía perder la menor de las libertades que había recibido de la madre patria. Decíase: «No hemos entendido jamás ceder al gobierno otra cosa más que lo que necesita para marchar; pero la libertad religiosa, el jurado, la libertad de la prensa, el derecho de llevar armas y el de reunimos, no entendemos cederlo á nadie. Tampoco queremos leyes de excepción, ó de proscripción, como se han hecho en Inglaterra. Pedimos que todo esto sea reservado, y proponemos, al efecto, tantas enmiendas adicionales como sean necesarias, á la Constitución.»

La petición era justa, pero la admisión previa de la Constitución no era menos racional. Hancock se atuvo á esta idea, y después de una discusión bastante larga, hizo adoptar la Constitución el 6 de Febrero de 1788, por ciento ochenta y siete votos contra ciento sesenta y ocho. Fueron, pues, diez y nueve votos los que decidieron la adopción de la Constitución, y probablemente los destinos de América. En efecto, apenas Massachussets hubo adoptado la Constitución, recibióse noticia de que el Maryland la había adoptado igualmente. El voto tuvo lugar el 28 de Abril. La Carolina del Sud se pronunció el 23 de Mayo. No se dudaba del éxito en Nuevo-Hampshire, que puso algún tiempo en decidirse, pues no lo hizo hasta el 28 de Junio de 1788. La Constitución, por tanto, había sido adoptada por nueve Estados. Quedaban fuera Virginia, la antigua provincia, el Estado que gozaba mayor autoridad política, Nueva-York, y en fin, la Carolina del Norte y el pequeño Estado de Rhode-Island, que ni siquiera quiso convocar Convención alguna, pues encontró más cómodo, por estar rodeado de todas partes del mar, hacer el comercio por su cuenta, aprovechando las ventajas de la aduana. Se le dejó, pues, á un lado, en la convicción que tarde ó temprano se adheriría á la Unión. La atención estaba fija en Virginia.

Era la Virginia el país más importante, ya por su aristocracia de grandes propietarios, ya por el papel que había desempeñado durante la guerra con Inglaterra; Virginia podía disputar al Massachussets no el honor de haber encendido la antorcha, sino de haber decidido la separación. En fin, era la patria de Washington.

Desde el primer día se tuvo por cierto que de la decisión que tomase Virginia dependería la suerte de

la Constitución; á pesar de lo que ésta decía, no se podía pensar en constituir la unión federal si Virginia y Nueva-York quedaban fuera de ella. Esto era evidente, pues esos dos países, como se puede ver en un mapa de los Estados-Unidos, cortaban la Unión en los puntos más importantes.

La Convención de Virginia se reunió el 8 de Junio de 1788, entre los que no estaban por la constitución figuraban Patrick Henry, y Jorge Mason, quienes ya en la Convención habían rehusado firmarla, y en fin, Juan Monroë, quién, treinta años más tarde le valió la fortuna, el ser Presidente de la Unión, cuya Constitución, de seguro, no encontró tan mala en aquel día.

Del otro lado estaban Edmundo Raldolph, quien estaba decidido á defenderla aún cuando no la hubiese firmado; Maddison que debía ser presidente y reemplazar á Jefferson, y que por este tiempo participaba mucho más de las ideas de Hamilton que no de las de Jefferson; y en fin, Juan Marshall, el amigo de Washington y su historiador, quien, más tarde, como presidente del Tribunal federal, debía sentar la jurisprudencia de esta Constitución que en el año 1788 intentaba hacer adoptar.

Entre los opositores el más temible era Patricio Henry. Era un hombre que se había hecho por sí mismo; se había hecho abogado después de haber pasado ocho años mirándose los libros de derecho; tenía esta elocuencia terrible que se dirige á las pasiones que siempre agita con razón ó sin ella. Toda cosa tiene dos caras; y hay siempre lugares comunes mediante los cuales se pueden mover siempre los corazones: á aquéllos que defienden el orden, se les puede decir que la libertad está comprometida; á los que defienden la libertad, que el orden está en peligro. Pónganse estos lugares comunes en boca de un hombre elocuente é impetuoso y agitará una Asamblea, hasta tal punto, que le arrancará un voto del que se avergonzará más tarde, cuando esté serena.

Entre los discursos de Patrick Henry en la Convención, hay uno al cual las actuales circunstancias dan una importancia particular. Patrick Henry acusaba la Constitución de ser lo que él llamaba un gobierno consolidado, y no una Confederación. Esta era la grande objeción de las gentes del Sud y esta objeción era, en verdad, fundada; marchábase resueltamente al sacrificio de los intereses particulares para establecer un gobierno central. Ahora bien, por extraño caso, 70 años más tarde, cuando el Sud se separó, pretendió que tenía el derecho de separarse; que la Unión no había sido jamás más que

una Confederación; y que los Estados como no habían abandonado nunca su soberanía, podría recobrarla. Aun cuando á 70 años de distancia, el mismo partido atacó la Constitución por los dos lados opuestos; basta para responder á las gentes del Sud, oponerles los propios discursos de sus oradores de hace 70 años.

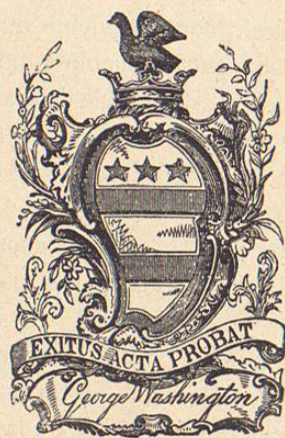
Hé aquí el discurso de Patrick Henry, que hubo de hacer mucha más impresión sobre el pueblo, dadas las circunstancias, del que puede hacer hoy sobre espíritus ilustrados y reflexivos.

Cuando Demóstenes resumió las cualidades del orador, en estas palabras: «la acción, siempre la acción,» no pensaba mas que en los griegos que le escuchaban, es decir, con un pueblo que era, tal vez, más impresionable que los pueblos modernos. Patrick Henry pertenecía á esta escuela de oradores. En una antigua Asamblea como la Cámara de Inglaterra, un hombre de una elocuencia tan elocuente y tan violenta, probablemente no tendría éxito; pero al salir de una revolución, esta voz conmovía á todas las almas poniendo en cuestión el porvenir mismo de América.

«Me dirijo á esas honorables personas que han formado la convención federal. Estoy seguro de que estaban fuertemente imbuídas de la necesidad de reemplazar la Confederación por un *gran gobierno consolidado*, que lo que se ha hecho ha sido un gobierno consolidado, eso es evidente; y el peligro de un tal gobierno me afecta de un modo particular. Profeso el más grande respeto por esos señores; pero que se me permita preguntarles qué derecho tenían para decir: *nosotros, el pueblo*, ¿quién les ha autorizado á decir, nosotros, el pueblo, en vez de *nosotros, los Estados*? Los Estados, hé aquí el alma y el fondo de la Confederación. Si los *Estados* no son los agentes del contrato político, tendremos un gran gobierno centralizado, un gobierno del *pueblo* de todos los Estados... y yo pregunto á esos señores, ¿en esta grande ocasión, cuál fué la causa de su conducta? yo lo preguntaré á este hombre ilustre, cuyo valor nos ha salvado; si la libertad misma que su brazo nos ha conquistado me autorizaría á preguntarle la razón de su conducta; y, ciertamente, si estuviera aquí, me respondería. El pueblo no le ha dado el poder de usar su nombre. Que en esto se haya excedido de sus poderes, esto es perfectamente claro... ¿qué peligros les han llevado á dar tan peligroso paso? Desórdenes los han habido en otras partes de América; pero aquí no ha habido peligro alguno, nada de insurrecciones y tumultos sino calma y tranquilidad. Y, sin embargo, hémos aquí erran-

tes por el grande océano de los negocios humanos. Sin faro que nos gué por donde corremos. La opinión se ha inflamado gracias á esta innovación peligrosa; la convención tenía que mejorar el viejo sistema, este era su solo mandato, no tenía otro.»

La respuesta era muy fácil. La Convención no había hecho Constitución alguna sino pura y simplemente un proyecto de Constitución. Por consiguiente, tenía el derecho de decir: «nosotros, el pueblo;» de la misma manera que un ministro de un gobierno imperial tiene el derecho de decir: «Napoleon, por su gracia de Dios,» aún cuando, seguramente, ese ministro no sea ni Napoleon, ni haya sido nombrado



Armas de Washington

por la gracia de Dios. En caso tal, la fórmula del acto no es nada, lo que lo es todo es la firma. Pero Patrick Henry sentía que iba á hacerse una nación y esto era lo que no quería. En esto tenía culpa; la nación se ha hecho, y lo más singular es que setenta y cinco años más tarde se viniera á protestar contra tal creación.

Esta acusación de usurpación era para Patrick Henry la arma con que anonadaba á sus adversarios. A ello añadía una cruel ironía. Así preguntaba á esa asamblea de Virginia, que había desempeñado un papel tan grande, por lo que sería cuando se viera reducida á hacer leyes de interés local. Y añadía que la revolución que había separado á América de la Gran Bretaña, no era nada con ser tan grande comparado con lo que ahora se preparaba, pues ahora se trataba nada menos que de poner los derechos de los Estados en manos del Congreso y acababa diciendo: «Soy republicano, por tanto votaré contra esas medidas.»

La Asamblea estaba agitada por la palabra de un hombre que había sido un verdadero patriota, y que había arriesgado su vida por su país. Maddison

fué uno de los que contribuyeron más á calmar los espíritus. En su bello discurso, discutió párrafo por párrafo la Constitución; dirigiase á la razón de sus auditores; demostrábales que se podía modificar la Constitución; que sería prudente modificarla por medio de ciertas enmiendas pero que era necesario adoptarla si se quería salvar la patria. Sin embargo, fué una proposición de Vythe la que fué votada, era una de esas proposiciones término medio que arrastran siempre á las asambleas. Vythe, colocándose entre las dos opiniones opuestas, propuso que se adoptara la Constitución, pero declarando en un preámbulo que los poderes otorgados eran el poder del pueblo, y que todo lo que no estaba expresamente otorgado quedaba expresamente reservado; los poderes delegados no podían ir más lejos que la delegación. Gracias á esta transacción, y á los esfuerzos de Maddison, de Marshall y de Randolph, la Asamblea, por cinco votos de mayoría, adoptó la Constitución.

Véase como este acto, considerado hoy como el símbolo de América, cuantas dificultades encontraba para ser recibido, cuantos sacrificios tuvieron que hacerse á este fin, lo que prueba que la impresión del primer momento no es siempre la mejor garantía de que los legisladores tengan razón.

El voto de Virginia decidió la cuestión. Diez Estados habían adoptado la Constitución. Esto importaba la adhesión del Estado de Nueva-York. De haberse discutido la Constitución hubiese sido rechazada, pues Nueva-York era la ciudad que más apego tenía á sus privilegios comerciales, pues en realidad era muy cómodo concentrar en ella los derechos de aduanas, y hacerlos pagar por el resto de América. Pero habiendo aceptado la Constitución diez Estados, ya no era cuestión la de saber si la ciudad de Nueva-York aceptaría ó no la Constitución, sino si el Estado quedaría ó se retiraría de la Unión. Por otro lado, toda la parte meridional del Estado se pronunciaba por la adopción de la Constitución, y decía que si la ciudad de Nueva-York se retiraba de la Unión se retiraría toda sola. La discusión no fué muy larga. Al frente de la oposición estaba el gobernador Clinton; al frente de aquellos que defendían la Constitución estaban Jay y Hamilton. La decisión ganóla la noticia del voto de Virginia, y en su consecuencia se aceptó la Constitución el día 26 de Julio de 1788. Once Estados se habían adherido á la Unión. Quedaban fuera la Carolina del Norte, que creyó tomar un partido decisivo declarando que adoptaría la Constitución cuando se hubiesen introducido las enmiendas que uni-

versalmente se reclamaban, y Rhode-Island que no entró en la Unión hasta 1790.

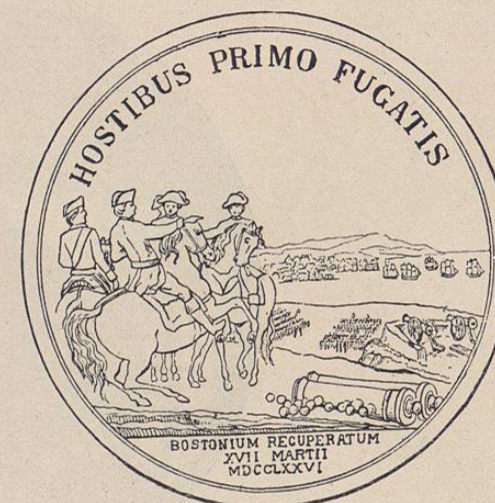
Fué, pues, á mediados de Agosto de 1788, cuando la Constitución fué adoptada; pero todos los Estados habían expresado el deseo de que se introdujeran en ella algunas enmiendas.

A mediados de Diciembre de 1788 invitó el Congreso federal al pueblo americano para que nombrase sus representantes en el nuevo Congreso, y á designar á los electores encargados de elegir un Presidente y un Vice-presidente. Las elecciones se hicieron en todas partes con gran orden; la elección de los nombrados como representantes y senadores recayó en los hombres más respetables. En cuanto al Presidente, desde el primer día todas las miradas se fijaron en un solo hombre, la esperanza de la patria, en Washington. Eligióse los electores, pero no había más que un nombre en todas las bocas; Washington fué nombrado por unanimidad, y se le dió por Vice-presidente á Juan Adams. Causóle á Washington la elección una emoción muy viva, pues se había figurado que después de haber dimitido su empleo de general habría podido vivir retirado, dado que sus gustos personales estaban por la vida del gran propietario. Luégo el poder le daba miedo, no por los cuidados que pudiera darle, sino por el temor de causar con su ejercicio daños á su país. Es decir, que temía tanto engrandecerse demasiado, cuando otros temen no engrandecerse bastante.

Reunióse el nuevo Congreso en 4 de Marzo del año 1789. Desde entonces esta fecha se ha hecho sagrada. Es la gran fecha del año político de los Estados-Unidos. Todos los cuatro años en el 4 de Marzo se instala el nuevo Presidente y el Congreso se reúne. El Presidente en ejercicio queda en funciones hasta el día 3 de Marzo por la tarde. El día 4 de Marzo de 1789, pues, proclamó el Senado á Washington Presidente de los Estados-Unidos y á Juan Adams Vice-presidente.

Spencer, dice, que aunque el resultado de la elección se sabía ya de antemano, Washington no recibió la comunicación oficial hasta el 14 de Abril, día en que Carlos Thomson, secretario del último Congreso, le notificó la perfecta unanimidad con que sus patriotas le habían elegido para que presidiera á su querido país. Esta dilación desagradó á Washington, quien al escribir á su amigo el general Knox, le decía: «Debo confesaros que esta dilación equivale para mí á que me hubiesen puesto en capilla, pues os aseguro con la mayor franqueza (el mundo no lo creería) que según me voy acercando á la silla presidencial, lo que yo siento debe aseme-

jarse en algo á lo que siente el culpable que marcha al lugar de la ejecución. Figuraos, pues, cuánto me desagrada, ahora que me aproximo al ocaso de la vida, abandonar mi pacífica morada para lanzarme en el océano de los negocios públicos, sin esa competencia, sin esa inclinación, y sin esos conocimientos políticos que son necesarios para manejar las riendas del Gobierno. Todo lo que yo puedo ofrecer es rectitud y firmeza. Ya sea el viaje corto, ya largo, no me abandonarán esas dos cualidades, aún cuando todos los hombres me dejen aislado, pues el mundo no puede privarme, seguramente, del consuelo de haber obrado según me dicte mi conciencia.»



Medalla de Washington conmemorativa de la liberación de Boston

Obedeciendo al llamamiento de su país, Washington marchó á Nueva-York al día siguiente de habersele comunicado la noticia de la elección. El apunte que hizo en su *Diario* con este motivo, es digno de citarse aquí. Es como sigue: «A eso de las diez me despedí de Monte Vernon, de la vida privada y de la felicidad doméstica, y con el corazón oprimido por dolorosas impresiones que no puedo expresar con palabras, marché á Nueva-York acompañado de Mr. Thomson y del coronel Humphreys, animado de los mayores deseos de prestar un servicio á mi país correspondiendo á su llamamiento, pero con pocas esperanzas de satisfacer la expectación pública.»

El viaje de Washington se asemejó á una procesión triunfal; en todas las ciudades y pueblos el entusiasmo y amor de sus compatriotas dió á conocer bien claramente cuánto respeto y veneración les inspiraba aquel grande hombre. Presentáronse multitud de felicitaciones; la milicia se presentó de

gala; eleváronse arcos triunfales, y se le dieron, en fin, cuantas pruebas de cariño pudiera esperar. El puente de Gray sobre el Schuylkill que tenía que atravesar Washington, estaba literalmente cubierto de laureles y siemprevivas, y á cada uno de sus extremos habíanse erigido magníficos arcos llenos de emblemas, semejantes á los que se ponían en la antigua Roma. En el momento de pasar Washington por el antedicho puente de Schuylkill una mano invisible para él dejó caer sobre su cabeza una corona; miles de personas le acompañaron hasta la ciudad, y por la noche hubo iluminación en Filadelfia.

Cuando Washington cruzó el Delaware y desem-

barcó en la orilla de Jersey, fué saludado con el mayor entusiasmo por los habitantes de aquellos sitios; al llegar á la colina en dirección á Trenton pasó por debajo de un magnífico arco elevado en el puente bajo la dirección de las señoras de la ciudad. La corona de dicho arco se componía de laurel y diversas flores con una cinta donde se leía en grandes caracteres: *26 de Diciembre de 1776*. En otro lado había un gran rótulo con letras doradas donde se leía lo siguiente: *El defensor de las madres será el protector de las hijas*. En el lado Norte veíanse alineadas trece niñas vestidas de blanco, la frente ornada de preciosas guirnaldas y ostentando en sus brazos cesti-



Mont Vernon, residencia de Washington

llas llenas de lozanas flores; detrás de ellas estaban las jóvenes y matronas de los alrededores, y en el momento de pasar Washington por el arco todas dejaron oír sus melodiosas voces, recitando la letra de una oda alusiva á la llegada del padre de la patria. Al cantar la última estrofa, las niñas cubrieron de flores el sitio por donde iba á pasar Washington, quien no pudo menos de conmoverse ante aquella escena sublime, que le hizo pronunciar frases que expresaban su profunda gratitud por tantas pruebas de cariño.

En Nueva-Brunswick reuniósele el gobernador de Nueva-Jersey, quien le acompañó hasta Elizabeth-town Point. Al llegar á este punto, fué recibido por una comisión del Congreso que le dispensó toda clase de distinciones, y el 23 de Abril embarcóse en Point en una elegante balandra de trece remos, tri-

pulada por otros tantos pilotos que vestían uniformes blancos. La bahía de Nueva-York, en el momento de llegar Washington, estaba literalmente cubierta de buques y botes empavesados que rebosaban de espectadores, ansiosos por demostrar su cariño y respeto al grande hombre; pero tan poco entusiasmaban á Washington aquellas muestras del favor popular, que al anotar en su *Diario* los sucesos del día, escribió lo siguiente: «Al contemplar los buques empavesados, á cuyo bordo dejábanse oír alegres músicas, al escuchar las salvas de artillería y las ruidosas aclamaciones del pueblo, que atronaban el espacio, experimenté la más dolorosa sensación al reflexionar de qué distinto modo se me trataría si después de todos mis afanes y trabajos no consiguiera satisfacer las esperanzas del país.»

Al desembarcar en el muelle de Murray fué salu-



M. Sola-Sagalés, Editor

La Proclamación

PROCLAMACION DE WASHINGTON